

SENDAS Y ENCUENTROS DE UN GURÚ N° 3

Relación y convivio con mi Padre Espiritual

La tarde de ese encuentro con el Maestro Estrada en la Casa Sede seguía transcurriendo en un ambiente mágico, todo giraba en torno a su presencia, su luminosa personalidad. Era especialmente notorio en la mesa mientras comíamos con él, cómo manejaba sus manos, su cuerpo y expresiones verbales para mantener la atención de todos.

El ambiente rebosaba de calor humano y de enseñanzas espirituales indistintamente. Podía estar alegremente contando chistes o anécdotas subidos de color o pasar a responder preguntas sobre temas esotéricos y hasta de la Omnipresencia Divina.

Esa tarde escuché algo que se me quedó muy grabado, al estar en la cocina como con diez personas. Su hijo, José Leoncio (hasta ese día supe que el Maestro tenía un hijo de 14 años), le preguntó: “Papá, ¿qué va a pasar con la GFU cuando tú no estés presente”, a lo que respondió con mucha seguridad y suavidad: “Mira, José, yo acepté una responsabilidad con mi Muy Sublime Maestro por una Era, que dura más de 2 mil años, y para eso falta mucho. Lo que sí te quiero dejar claro es que cuando yo ya no tenga este cuerpo, que creo que es a lo que te refieres, yo podré hacer mucho más de lo que hago ahora, porque este cuerpo me limita”.

De nuevo me di cuenta de que el Maestro Estrada tenía una forma de ver la vida que no era la normal, parecía fantástica, mítica, mesiánica, llena de magia, pero llena también de una confianza en cada palabra que pronunciaba. Nos hacía sentir que lo que nos compartía provenía de una realización muy profunda, al punto de que lo dicho parecía hasta normal cuando salía de él.

Al día siguiente, en domingo, la Ceremonia Cósmica empezaría a las 10h00. Esa era la primera vez que asistía, por lo que me adelanté, llegando a las 9h00. Me encontré con varias personas afuera del santuario, luego miré hacia el interior, sin entrar.

Adentro, el Maestro solo vestido en una bata de seda café y con patas de gallo en los pies, estaba acomodando su altar y unas figuritas en las columnas que tenía a los lados. Pregunté por qué no entrábamos, y me dijeron: “Es que el Maestro necesita estar concentrado en todo lo que hace, no debemos interrumpirlo”.

Mientras nos amontonábamos muchos mirones en el exterior, el Maestro nos observaba de vez en cuando de reojo y nos sonreía. Terminó y subió a su cuarto, regresando como 15 minutos antes de empezar la Ceremonia, con ropa blanca y sus sandalias de color cafés.

Llegó para preguntar si ya le tenían un carbón en el sahumero que había encargado, entonces colocó un poco de incienso al momento que describía una cruz y empezó a decir algo así: “Queridos hermanos, este servidor agradece su presencia a esta que es una Ceremonia Cósmica, un acto muy sencillo pero de gran trascendencia espiritual. Su origen se pierde en la noche de los tiempos. Es la misma Ceremonia que celebraba Jesús el Cristo entre sus discípulos, donde no era

visto ni por el César ni por el Sanedrín. La cadena que estamos realizando representa dos cosas, primero que Dios, a través de sus Leyes, se encuentra encadenado a sí mismo y es UNO indivisible, y el segundo aspecto es de que todos somos hijos del Padre Celestial y por lo tanto somos hermanos”.

Se volteó para incensar el altar y las columnas, mientras unas cinco personas nos insistían que nos agarráramos con las manos cruzadas, con la derecha arriba de la izquierda. Por fin todos entendimos; al momento el Maestro se enlazó a la cadena e inició con un Padre Nuestro rezado hasta la mitad. Observé que mientras rezaba viraba los ojos hacia arriba, los abría y los cerraba. Yo no quería perderme ningún detalle.

Inició la Ceremonia y por esa única ocasión en mi vida empecé a tener una experiencia que no se volvería a repetir. Estaba en otro tiempo y en otro espacio, aunque con las mismas personas durante toda la Ceremonia. Veía a todos en una atmósfera llena de LUZ o magia... Es muy difícil describirlo.

La Ceremonia para mí pasó en un abrir y cerrar de ojos. En un momento determinado nos invitó a recibir su bendición, aclarando que no era obligatorio. Me sorprendió que diera su bendición a más de cien personas. Cuando yo la recibí, la atmósfera descrita fue más fuerte. Regresé a mi lugar para ver cómo continuaba dando la bendición a todos, sintiendo el enorme privilegio de haberla recibido.

Concluidas las bendiciones, el Maestro empezó diciendo: “Una vez más el HERMANO MAYOR oficia en este sagrado recinto y una vez más agradece a todos los hermanos que se han acercado a este Ceremonial, a este Ceremonial tan sencillo pero de una gran trascendencia Iniciática. Después de esta Ceremonia, entramos en un convivio espiritual entre el Maestro y los discípulos, entre el Gurú y los Chelas.

“Estamos en estudio, ¿qué desean preguntar al Maestro ahora que se encuentra por Monterrey?”. Bety, una amiga, medio se levantó del piso y preguntó con voz suave y llena de devoción: “Maestro, hablemos del amor”. La atmósfera para mí fue en ese momento más intensa; me encontraba según yo en la época de Jesús y sus Discípulos, era la única referencia que tenía de algo así.

El Maestro respondió entonces con mucha solemnidad “El Amor es Ley de sintonía, es en virtud de esta Ley que los enamorados se atraen y se sintonizan uno con el otro, pero es importante decir que el Amor tiene dos caras, por un lado tenemos la atracción positiva y entonces los que se atraen se buscan para darse un beso, uno pegadito al otro, pero del otro lado de la moneda está el odio, que también hace que dos personas se atraigan pero para darse un golpe.

Es en virtud de esta Ley que nos atraemos los unos a los otros, pero hay que saber que de un lado de la moneda es una cosa y por el otro, otra...”. Así siguió como por dos horas y nadie se movía, todos estábamos absortos con las enseñanzas y la forma en que movía su cuerpo, sus manos, para mantener nuestra atención.

A momentos era solemne, en otros, pícaro, en otros, suave y amoroso, en otros pasajes llenaba de dramatismo sus expresiones, pero cuando menos lo esperábamos, hacía que todos soltáramos varias carcajadas. Él se la pasaba de maravilla y nosotros aprendiendo, pero a la misma vez muy divertidos.

Al final no sé por qué, cuando estaba él recogiendo sus cosas del altar, me le acerqué diciendo; “Maestro, ¿le puedo preguntar algo?”, respondió con un “Claro, mijo, dime para qué soy bueno”. “Maestro, dígame, por favor, si usted es estos tres personajes: tal, tal y tal”, entonces se volteó hacia mí sorprendido y me miró muy serio: “¿Quién te ha dicho esos tres nombres?”, a lo que respondí: “Nadie, es más no sé ni por qué se lo pregunto, porque yo no soy ni bíblico, ni místico ni nada de eso, pero hoy he sentido que usted es estos tres personajes, y si es posible quiero saber si es cierto, algo adentro de mí al final me dijo que usted es esos personajes”.

Viéndome a los ojos con cierta solemnidad, me dijo: “Espérame un momento, voy a recoger todo”. Cuando hubo guardado todo y se llevaron su altar, me pidió que me acercara y me dijo: “Mira, esos son tres nombres ocultos del Hermano Mayor y no sé cómo los sabes, pero si quieres saber más, consulta a Daniel, capítulo 10 y 12 y en el Apocalipsis, capítulo 5, ahí podrás saber más. Me tengo que retirar”

Cuando regresaba a mi casa, en el automóvil me estacioné a un lado de la avenida donde estaba circulando y me dije a mí mismo “Pero Javier, de dónde sacaste lo que le preguntaste”, a lo que yo mismo me respondí en un diálogo interior: “No importa el cómo, ya sucedió, estás continuando algo que apenas te estás dando cuenta, ya verás que pasa más adelante, el Maestro estará varios días, hay tiempo para preguntar y conocerlo más”.

Fueron dos semanas de convivencia permanente, me encontraba de vacaciones y podía asistir a todas las ceremonias, desayunos, comidas, meditaciones y tardes a la casa sede.

La esposa del Maestro, el Reverendo Carlota, dio un curso de dos días para aprender a preparar gluten. Al sábado siguiente, fuimos a un hotel donde hay una cascada famosa, en las afueras de Monterrey. Allí departimos con él en la piscina y después le vimos tomar la guitarra para tocar y cantar canciones, desde la romántica y nostálgica “Corazón” y “La Llorona”, hasta la inolvidable canción de los llanos venezolanos que a todos nos hacía reír y a aplaudir “O será vapor, o será goleta, o serán los rayos, mujer, de la bicicleta, Dicen las mujeres que el hombre es como el demonio, pero solo están esperando que el demonio se las lleve. O será vapor o será goleta o serán los rayos, mujer, de la bicicleta...”. Esa se la pedimos como cuatro veces.

La noche del 27 de julio, un día antes de su cumpleaños, como a las 23h00, nos pusimos de acuerdo para llevarle una serenata con un mariachi que contratamos por cooperación. Iniciamos con la algarabía de “La Negra”, abajo del balcón de su cuarto que estaba en el segundo piso. Seguimos con “Las Mañanitas” y al terminar y felicitarlo con “¡Maestro, felicidades!” y cosas parecidas.

Él levantó sus manos para hablar, diciéndonos en tono serio: “Un momento, por favor, un momento..., pero es que ustedes no tienen otra que hacer, que andar despertando gente. Ya me despertaron y ahora ni modo... pásenle para seguirle, que esto se está poniendo bueno”, todos soltamos una carcajada.

Al pasar adentro de la casa sede le preguntamos: “Maestro, ¿cual le gusta?”, a lo que contestó en forma pícaro: “No sé si la saben, porque es muy espiritual”, a lo que respondimos: “Cuál, díganos cuál...”, él expresó entonces “La de Gabino

Barrera”, todos soltamos una carcajada, al tiempo que empezó a escucharse: “Gabino Barrera no entendía razones andando en la borrachera, cargaba pistola con seis cargadores, le daba gusto a cualquiera. Usaba el bigote...”. Todo estaba siendo simplemente inolvidable.

Gurú Javier Eugenio Ferrara
22 de Noviembre del 2007

<http://gurujavierferrara.blogspot.com/>

gurujferrara@gmail.com